

MORDERSE LA LENGUA. CORRECCIÓN POLÍTICA Y POSVERDAD

Darío VILLANUEVA

Barcelona: Espasa, 2021, 380 pp.

ISBN: 9788467061987

La publicación del libro que nos ocupa, en la primavera de 2021, dio lugar a un buen número de artículos, comentarios y entrevistas con el autor, profesor emérito de la Universidad de Santiago de Compostela, de la que fue rector entre 1994 y 2002, y miembro de la Real Academia Española, de la que fue secretario entre 2010 y 2015 y director entre 2015 y 2019. En *Morderse la lengua*, Darío Villanueva se propone llevar a un ámbito general, no sólo por su objeto, sino también por la ambición de llegar al gran público que lo guía, algunos de los temas que han marcado su trayectoria como profesor de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada. Parte de sus estudios previos sobre la posverdad y la corrección política converge en este libro, complementario del editado en 2023, *Poderes de la palabra. Retórica, política, derecho, literatura, publicidad*, traducción actualizada y ampliada de *Les galaxies de la rhétorique: les puissants satellites du littéraire*, de 2018. Del hecho de que el ejemplar utilizado para escribir esta reseña, datado en agosto de 2021, pertenezca a la sexta edición de *Morderse la lengua* —en la que, por desgracia, persisten algunas erratas— cabe deducir que existe un público no pequeño para un ensayo sobre “dos fenómenos sintomáticos de nuestro tiempo: la corrección política y la posverdad, manifestaciones contemporáneas de la quiebra de la racionalidad y la estupidez” (de la contracubierta).

En *Morderse la lengua* se analizan la aparición, el desarrollo y las implicaciones actuales de esos dos fenómenos. De acuerdo con la abundante bibliografía ya existente sobre el tema, el autor sitúa el origen de la corrección política “en los campus norteamericanos a partir de los años ochenta del pasado siglo”, lugares que describe, recordando la caracterización avanzada por el historiador Alfredo Jocelyn-Holt, como “doctos pero desde aquel entonces asediados por un sectarismo puritano procedente, sobre todo, de departamentos de Humanidades en franca decadencia” (p. 18). Según el profesor Villanueva, las “reflexiones escépticas acerca de la verdad” (p. 168) que el pensamiento posestructuralista inspiró en el mundo académico rebasaron el restringido

ámbito en que se habían originado y se extendieron a otras esferas de la vida social, leudando en un ambiente de relativismo moral e intelectual en el que —como apunta la definición del adjetivo *post-truth* en el Oxford English Dictionary— “los hechos objetivos influyen menos en la formación de la opinión pública que los llamamientos a la emoción y a las creencias personales” (p. 166) y, en consecuencia, éstas tienden a imponerse a aquéllos.

El libro se divide en un preámbulo, seis capítulos y un epílogo. El preámbulo (“Quien avisa...”) y el epílogo (“...no es traidor”) están estrechamente relacionados. El preámbulo (pp. 15-58) explica el título de la obra y la posición desde la que está escrita, y plantea, con referencias a estudios, ensayos y obras literarias, los temas que luego se desarrollarán, desde la crítica a la falacia referencial que atribuye al lenguaje el poder de crear realidades, hasta las formas de *cancelación* a que se expone quien discrepa de las opiniones que prevalecen socialmente. En el epílogo (pp. 352-357), el autor vuelve sobre las circunstancias que lo movieron a interesarse por dos fenómenos de alcance global que “no pueden entenderse sin indagar en sus orígenes universitarios” (pp. 352) y recapitula algunas de sus propias contribuciones al tema.

El capítulo primero (pp. 59-107) se centra en “La corrección política”, que el profesor Villanueva relaciona con las derivaciones del pensamiento posestructuralista, pero también con el concepto de tolerancia represiva elaborado por Herbert Marcuse y con la distinción entre líneas políticas correctas e incorrectas en los escritos de Mao Tse-Tung, que gozaron de cierto predicamento en la *American New Left* durante los años setenta del siglo XX. Las formas actuales de la corrección política se caracterizan por el “rechazo a determinadas expresiones que designan realidades ingratas consideradas como tales por un grupo étnico, racial, religioso, político, ideológico o sexual”; es decir, que se trata de “un tabú ‘sectorial’, no atávico, generalizado, sustantivamente consensuado e incuestionado” (p. 69) que se impone a través del “culto exacerbado de la emoción hecha pública” (p. 82). El autor considera sintomática la aparición, en los campus estadounidenses, y cada vez en más entornos, de los llamados *espacios seguros*, con los que se busca preservar el equilibrio y el bienestar emocional de los usuarios aun a costa de determinar su percepción de la realidad y sacrificar la libertad de expresión.

Dado que la corrección política no es sólo la voluntad de ser políticamente correcto, sino también el temor a ser y el deseo de no ser corregido, los hablantes tendemos al eufemismo y la autocensura para eludir los aspectos que percibimos como problemáticos, confiando así “una prerrogativa abiertamente censorial y represiva a minorías o grupos regidos por estímulos y pulsiones emotivas, y no por la racionalidad” (p. 121). En el capítulo segundo, “Cómo nos mordemos la lengua” (pp. 108-164), está más presente la experiencia del autor en la Real Academia Española, institución que, por su papel en la fijación de la norma del castellano y en la elaboración del diccionario de uso más frecuente entre hispanohablantes, suele recibir propuestas de reforma de usos lingüísticos que un determinado ciudadano o colectivo, por un motivo u otro, considera inconvenientes. El profesor Villanueva dedica varios epígrafes a las iniciativas de “feminización

lingüística” en ortografía y gramática (pp. 117-124), a la crítica del sexismo en el lenguaje (pp. 137-144), a los debates sobre el valor del masculino como género gramatical no marcado (pp. 144-148 y, con otras implicaciones, 155-164) y a las sugerencias de inclusión o exclusión de determinadas palabras o acepciones del diccionario (pp. 124-137). Aun partiendo de la base de que “la corrección política es un hecho nacido sustantivamente de la naturaleza social del lenguaje, y tiene su ámbito primero de presencia en la esfera pública”, porque “su origen radica en instancias de la sociedad civil”, el autor también alude a los efectos que puede tener la asunción de sus principios por “poderes constituidos como pueden ser los religiosos, partidarios, gubernativos o estatales” (pp. 108), aspecto al que presta especial atención en el apartado titulado “Planificación lingüística” (pp. 148-155).

El capítulo tercero se centra en “La posverdad” (pp. 165-210). Recuerda el profesor Villanueva que el adjetivo inglés *post-truth* se originó en la “equiparación entre verdad y malas noticias por parte del pueblo norteamericano que acabaría demandando al Gobierno que lo protegiera contra ellas” (pp. 166). Para definir el sustantivo español *posverdad*, los lexicógrafos de la Real Academia Española partieron de “la idea de toda información o aseveración que no se basa en hechos objetivos, sino que apela a las emociones, creencias o deseos del público” (pp.187). Los variados casos que comenta el autor ponen de relieve que la posverdad está estrechamente relacionada con las *fake news* o bulos, que han encontrado en las actuales tecnologías de la comunicación, desde la televisión a las redes sociales, medios de difusión extremadamente eficaces, que permiten una sutil confusión de lo ficticio y lo real: así lo demuestran, a su juicio, fenómenos tan distintos como el éxito de los *reality shows* o la trayectoria política de Donald Trump. Al reconocerlas en los medios, que vehiculan un discurso con atribuciones de verdad, el espectador o receptor —que en las redes sociales puede, a su vez, tomar la palabra— tiende a considerar que sus ideas, o las ideas que hace suyas, son objetivamente válidas.

Estas ideas se desarrollan en el capítulo cuarto, “Bulos y patrañas. El apocalipsis de la realidad” (pp. 211-255). Si en el segundo aludía el autor a los efectos que podría tener la asunción de los principios de la corrección política por distintos poderes, en éste se centra en fenómenos socioculturales que, a su juicio, constituyen aplicaciones prácticas de la posverdad, a través de la televisión, la radio y otros medios de comunicación, entre los años setenta del siglo XX y la actualidad: tras unos apuntes sobre el uso de la patraña por Ronald Reagan (pp. 217-220), las artes de la ficción y la falsificación (pp. 220-225) y la utilización de bulos para socavar el monopolio de la legitimidad mediática (pp. 226-232), el profesor Villanueva se detiene primero en “el proceso de la posverdad” (pp. 237-248), esto es, en las mixtificaciones que animaron, a lo largo de los últimos años, el movimiento social e institucional a favor de la independencia de Cataluña, y después en la creciente confusión, a veces deliberada, de verdades, ficciones y mentiras en las redes sociales. Las últimas páginas del capítulo se refieren a las difíciles relaciones entre *la verdad* y las tecnologías de la palabra y la comunicación y las redes sociales, que se

sustraen a los mecanismos de legitimación y verificación propios de la esfera pública analizada por Jürgen Habermas.

El capítulo quinto, “La galaxia post. (Pos)Modernidad líquida y poshumanismo. Racionalidad y emocionalidad. Poslengua” (pp. 256-308), versa sobre las corrientes filosóficas que, según el autor, han creado un clima propicio al auge de la corrección política y la posverdad, en el cual “las ‘racionalidades locales’ y el relativismo de los puntos de vista potenciados por la inflación comunicativa” han multiplicado “las posibilidades de información acerca de la realidad” hasta tal punto que “la idea misma de una realidad” resulta “cada vez más problemática” (pp. 274). El autor desarrolla aquí más sus análisis sobre el llamado *pensamiento débil* (pp. 260-267), el posmodernismo (pp. 267-275) y la deconstrucción (pp. 275-284) y sobre la irradiación de estas tendencias, que por momentos parece identificar, a distintos ámbitos del arte, el pensamiento y la política. Tras un rápido repaso de diversas formas de *pensamiento fuerte* que han venido defendiendo el racionalismo y el “universalismo humanista” (pp. 293), con referencias a Alex Callinicos, Terry Eagleton, Francisco Erice y Roberto Vaquero (pp. 293-298), el profesor Villanueva dedica algunas páginas a la vindicación del populismo y del uso político de las emociones por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, así como a las relaciones entre lenguaje y poder (pp. 298-308).

El título del último capítulo, “La verdad de las distopías” (pp. 309-351), remite al de una obra bien conocida de Mario Vargas Llosa; en él, el autor recuerda algunas de las premoniciones de las grandes novelas distópicas del siglo XX que, a su juicio, se han cumplido en la sociedad actual, prestando especial atención a aquellas que entrañan una *cancelación* de aspectos del pasado hoy tenidos por incómodos (pp. 325-331) o una alienación más o menos voluntaria de las libertades individuales. A través del comentario de distopías como *Nosotros* (escrita en 1921, aunque difundida más tarde), de Yevgueni Zamiatin, *Un mundo feliz* (1932), de Aldous Huxley, *Barra siniestra* (1947), de Vladimir Nabokov, *1984* (1949), de George Orwell, y *Fahrenheit 451* (1953), de Ray Bradbury (pp. 309-318), el profesor Villanueva detecta un potencial autoritario en las realizaciones prácticas de la corrección política y la posverdad, en la medida en que promueven actitudes de “neopuritanismo y revisionismo” (pp. 319-325) e instauran una división insalvable entre el discurso íntimo y el discurso público (pp. 339-344).

En *Morderse la lengua*, Darío Villanueva argumenta que la corrección política ejerce en nuestras sociedades efectos similares a los de la censura, aunque acaso más nocivos porque no emanan de un poder constituido y reconocido, sino de instancias difusas que pueden parecer, sin serlo necesariamente, espacios de expresión libre y espontánea y, por tanto, legítima. La autoridad de esos agentes se fundamenta en factores emotivos que excluyen la posibilidad de un examen racional y desacreditan toda disensión, dando por buenos, sin verificación posible, datos y hechos avalados por un consenso en apariencia indiscutible, y condenando a una posición de marginalidad e impotencia a quien discrepa de ellos. Para desarrollar estas ideas, el autor parte de una serie de temas y motivos recurrentes, evoca algunas anécdotas institucionales y personales, trae a colación noticias

y casos del pasado reciente y comenta una abundante bibliografía, puntualmente consignada en el apartado final (pp. 359-380). Los dos grandes temas tratados en *Morderse la lengua* han sido ya objeto de debate, pero creo que no existen otros trabajos en que se ponga en relación la corrección política con la posverdad y se exploren sus posibles orígenes en el mundo académico estadounidense. En este sentido, aunque se citan los trabajos de François Cusset y de Alan Sokal y Jean Bricmont, se echan en falta referencias a las obras de Christopher Norris y de Simon Critchley y, desde un punto de vista más general, una explicación detallada de las relaciones específicas de la corrección política y la posverdad con las obras de Jacques Derrida y Michel Foucault, por no citar sino dos nombres a los que frecuentemente alude el profesor Villanueva como origen de los males que denuncia. Para ilustrar al lector menos versado en las disciplinas que profesa el autor, hubiera sido interesante precisar, siquiera brevemente, en qué sentido cabe considerar las ideas de esos dos críticos como fundamento de los “nuevos fundamentalismos” (de la contracubierto) y a ellos, responsables directos de las derivaciones de sus propuestas en distintas regiones de la “Galaxia Post”.

La lectura de *Morderse la lengua* sugiere numerosas vías de reflexión sobre los fenómenos que analiza, desde perspectivas personales, pero también institucionales. El éxito del libro indica que los temas que en él se abordan despiertan interés y preocupación en el público, o en ciertos sectores del público, aunque por ahora no haya suscitado los debates de fondo que Darío Villanueva quizá aspiraba a plantear con su escritura.

Santiago Díaz Lage
Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)



This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International (CC BY-NC-ND).